



¿Cómo llegó Humberto a la casa?

Mi relación con Humberto había comenzado una semana antes de que lo encontráramos flotando en la batea. Habíamos estado, mi madre y yo, caminando en el mercado para comprar la comida del almuerzo, cuando vi a una señora con una canasta enorme, llena de pollitos amarillos, recién nacidos, que piaban como locos.

 Mi madre se había parado al lado de la señora, porque juntito estaba el



—¿Quieres un pollito, mi amor?

puesto de los pescados. Yo odio esta parte del mercado y, aunque me gusta el pescado frito, no me atrae nada olerlo crudo. Pero me acerqué porque la canasta con tantos animalitos me llamó la atención.

—¿Qué pasa, Rafael? —me preguntó mi madre.

No supe qué decirle. ¿Quería pedirle que me comprara un pollito? Tengo diez años y, aunque me dieron ganas de llevar uno a casa, me sentí raro de querer pedírselo, como si ya no me correspondiera reclamar algo así, por mi edad.

—¿Quieres un pollito, mi amor? —me preguntó ella.

—Pero si lo compras, ¿la abuela lo convertirá en pollo a la brasa? —le pregunté y mi mamá sonrió.

—No dejaremos que la abuela le ponga las manos encima —dijo mi madre.